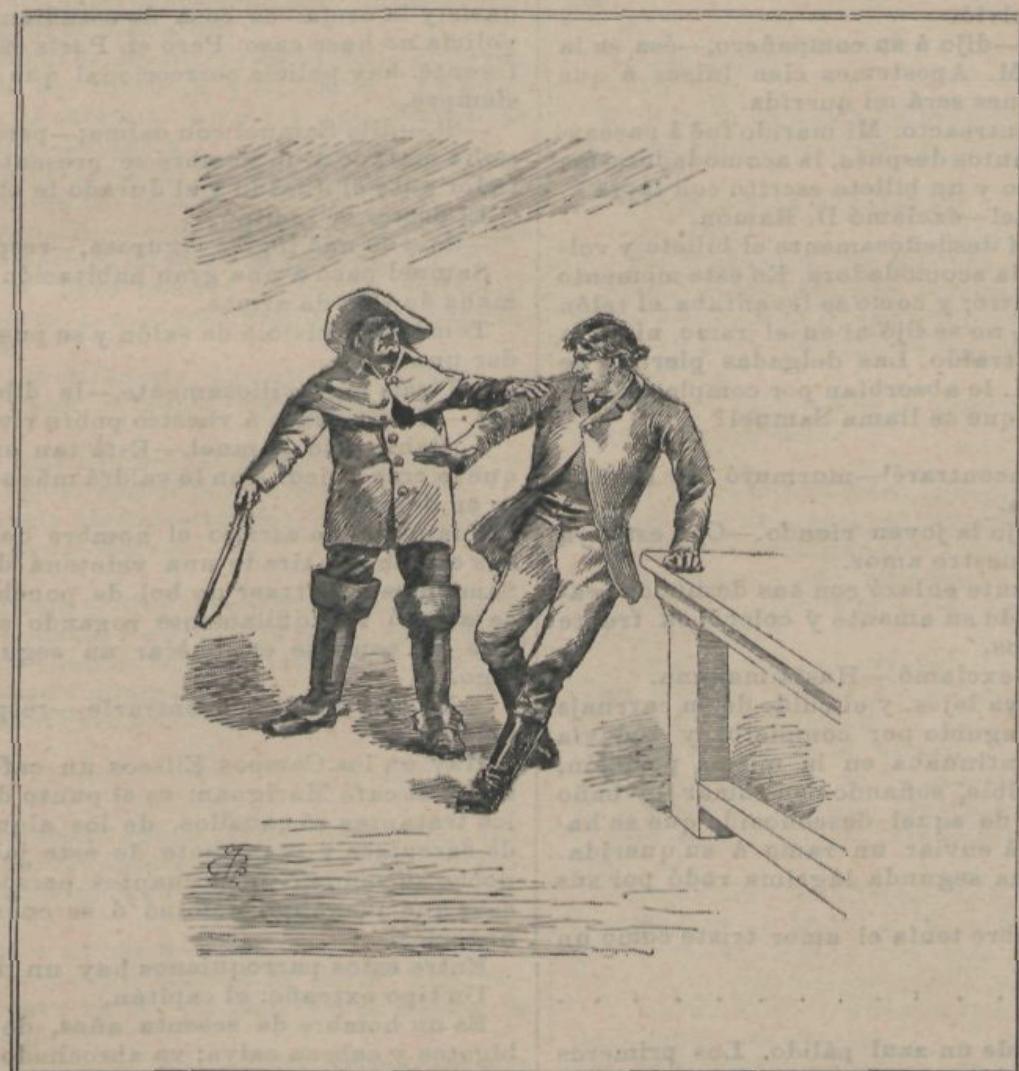


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, enero de 1896 ↔ NÚMERO 68



EL CONDUCTOR LE OPRIME LA GARGANTA, EMPUJÁNDOLE RUDAMENTE... (Pág. 528)

LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Ayer estaba en la Ópera con mi marido. En un palco situado junto al mío había un joven y un viejo. Ambos tenían no sé qué de satánico en la mirada.

»El joven había dirigido hacia mí los gemelos con una obstinación de la última impertinencia.

»Mi marido, como sabéis, está muy ocupado con las pantorrillas y las puntas de la señorita X., de la cual está locamente enamorado.

»No vió nada, no oyó siquiera la conversación de aquellos dos hombres.

»Uno de ellos, el más joven, salió un momento y luego volvió.

»—Doctor,—dijo á su compañero,—ésa es la condesa de M. Apostemos cien luisos á que antes de un mes será mi querida.

»Llegó el entreacto. Mi marido fué á pasearse. Cinco minutos después, la acomodadora me trajo un ramo y un billete escrito con lápiz.»

—¡Insolente!—exclamó D. Ramón.

—Yo rompí desdenosamente el billete y volví el ramo á la acomodadora. En este momento mi marido entró; y como se levantaba el telón para el baile, no se fijó ni en el ramo ni en la que lo había traído. Las delgadas piernas de la señorita X. le absorbían por completo...

—Y ¿decís que se llama Samuel?

—Sí.

—¡Yo le encontraré!—murmuró D. Ramón con voz sorda.

—¡Ah!—dijo la joven riendo.—Con esto ya tiene pasto vuestro amor.

Y nuevamente enlazó con sus desnudos brazos el cuello de su amante y colocó su frente bajo sus labios.

—¡Adiós!—exclamó.—Hasta mañana.

Hallábase ya lejos, y el ruido de su carroaje se había extinguido por completo, y todavía D. Ramón continuaba en la misma posición, absorto, terrible, soñando con tomar un baño en la sangre de aquel desconocido que se había atrevido á enviar un ramo á su querida.

Después una segunda lágrima rodó por sus mejillas.

Aquel hombre tenía el amor triste como un día de bodas.

El cielo es de un azul pálido. Los primeros rayos del día blanquean el arco de triunfo de la Estrella; la gran avenida de los Campos Elíseos resuena bajo los cascos de los caballos, y los dos trotadores del barón Samuel Kloss ganan rápidamente la avenida de la Emperatriz.

Samuel quiere llegar primero á la cita.

La víspera, después de su extraña conducta, Samuel ha entrado en su casa.

El barón de reciente creación habita un bonito departamento en los Campos Elíseos, avenida Montaigne, en el primer piso.

Sus cuadras y su cochera se hallaban en el patio.

—¿Por qué diablo,—le dijo el doctor,—habéis escogido la pistola, querido barón?

—Porque tiro muy bien.

—¿Queréis matarle?

—¿Por qué no?

—Pero sabéis...

Y el doctor pareció vacilar.

—Sabéis, querido barón, que no soy timorato ni meticuloso; pero encuentro inútil matar á ese hombrecillo; porque, si bien tenéis necesidad de un desafío, la predicción de la sonámbula no dice que sea preciso matar á un hombre.

—Y eso ¿qué importa?

—Además,—continuó el doctor,—aquí no estamos en Heidelberg. Allí se le corta á uno la nariz y la oreja: es cosa de estudiantes, y la policía no hace caso. Pero en París es muy diferente: hay policía correccional que condena siempre.

—Sí,—dijo Samuel con calma;—pero cuando se ha matado á un hombre se presenta el matorante ante el Jurado y el Jurado le absuelve.

El doctor se inclinó.

—Sois de una lógica rigurosa,—respondió.

Samuel pasó á una gran habitación que llamaba su sala de armas.

Tomó una pistola de salón y se puso á hora de una placa.

—Tiráis maravillosamente,—le dijo el doctor.—Compadeczo á vuestro pobre rival.

—¡Bah!—dijo Samuel.—Está tan enclenque que le creo tísico. Aun le valdrá más ser muerto en desafío.

Cuando hubo escrito el nombre de Eva en sus cartones y tirado una veintena de balas, Samuel se hizo traer un bol de ponche; luego se acostó tranquilamente rogando al doctor que se ocupase en buscar un segundo testigo.

—Ya sé dónde encontrarle,—respondió el médico.

Hay en los Campos Elíseos un café que se llama el café Marignan: es el punto de cita de los tratantes en caballos, de los alquiladores de carroajes y otra gente de este jaez. Cada noche se reunen unos cuantos personajes de esos que juegan al dominó ó se cuentan sus negocios.

Entre estos parroquianos hay un tipo.

Un tipo extraño: el capitán.

Es un hombre de sesenta años, de blancos bigotes y cabeza calva; va abrochado hasta el cuello y lleva un ancho pantalón azul que cae sobre unas botas armadas de espuelas.

Monta caballos para todos los tratantes de los Campos Elíseos, á razón de cien sueldos la hora.

Cuando un caballo es imposible de domar, se

le pone entre las piernas del capitán, que, en tres días, lo hace dócil y ligero.

El capitán ha servido, dice, en la Guardia Real, pero todavía no ha sido condecorado.

Sirve de testigo para lo que se necesite y dirige los duelos de actores en las comedias.

Cuando sirve de testigo cobra 20 francos, si es para un desafío; 15 si para una boda; pero en este último caso toma parte en la comida.

A este tipo es al que el doctor va a buscar y al que da cita para el día siguiente, a las siete menos cuarto, junto a la verja de Madrid.

El cupé del barón Samuel desciende rápidamente por la avenida de la Emperatriz, entra en el bosque, pasa por delante de Armenonville y llega al lugar de la cita.

El capitán está en su puesto.

Pero, a pesar de su diligencia, Samuel no ha llegado primero.

Singleton se pasea con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras que un joven del club a que pertenece aquél, y que avisado a toda prisa viene a servirle de testigo, fuma un cigarrillo, reclinado sobre el asiento de un pequeño *break* de dos caballos.

D. Ramón se separa de Singleton, el joven desciende del carro, y ambos se acercan al doctor y al capitán, mientras que Samuel se mantiene a distancia.

—Caballero,—dice D. Ramón al doctor,—hemos traído las espadas.

—Dispensad,—responde el doctor;—el arma escogida para el duelo es la pistola.

—Lo sé. Pero cuando se hayan cambiado dos disparos, si no tienen resultado, se batirán a espada.

—Eso es diferente. Permitidme que se lo vaya a hacer presente a mi amigo el barón Samuel.

Al oír este nombre, D. Ramón exhala un rugido y coge al doctor por un brazo.

—¿Habéis dicho,—exclama con voz ahogada,—el barón Samuel?

—Sí.

—Entonces,—dice el español, cuya tez se ha vuelto violácea y cuyos ojos están inyectados de sangre,—no es con Singleton con quien se batirá, sino conmigo.

El doctor queda estupefacto.

VI

Hay personas que lo preven todo en la vida. Calculan los acontecimientos, dirigen lo por venir, predicen a su antojo la lluvia o el buen tiempo.

El doctor es una de ellas.

Ha previsto que Samuel se batirá con Singleton, pero no ha contado con la cólera de D. Ramón.

Por otra parte, no conocía al español y se ha quedado sorprendido al ver al pequeño Singleton llevar como testigo a aquel hombre de rostro bronceado y fatal. Por esto, cuando D. Ramón habla de matar a Samuel, el buen

doctor retrocede tres pasos y mira a aquel hombre con una sorpresa que se parece al temor.

—Perdonad, caballero,—dice,—pero creo que os equivocáis.

—¿Por qué?

—El señor barón se bate con D. Eduardo Singleton.

—Pero primero se batirá conmigo.

D. Ramón ha recobrado su calma, la calma del volcán que humea y hiere su lava blanquecina en el fondo del cráter.

—Pero, caballero...—dice el doctor.

D. Ramón le aprieta un brazo.

—Una palabra,—dice.

—Ya os escucho.

—¿Ese joven se llama el barón Samuel?

—Sí.

—¿Va a la Ópera?

—Algunas veces.

El doctor ha adivinado el peligro; pero la mirada chispeante de D. Ramón pesa sobre él y no se atreve a mentir.

—¿Estaba anteayer en la Ópera?—continúa el español apretando siempre el brazo del doctor.

—Sí.

—¿Con quién?

—Conmigo.

D. Ramón conoce el palco en que *ella* estaba; sabe su número, que es el 17, y dice al médico:

—¿Estabais en el palco 19?

—Quizás...

—Entonces es él... y sois vos...

Dichas estas palabras, se separa bruscamente del doctor y se dirige a Singleton, que empieza a hallar algo largos los preparativos de los testigos.

—Amigo mío,—dice D. Ramón,—tengo que pediros un servicio.

—¿A mí?

—Sí. Cededme vuestra adversario. Singleton deja escapar un grito de sorpresa.

D. Ramón prosigue con voz sorda:

—Os ha insultado, pero eso es un detalle. En cambio, ha insultado a la mujer que amo. ¿Comprendéis?

Singleton mira al español.

Su morena tez se ha tornado pálida y sus ojos están enrojecidos.

Tiene sangre en la mirada.

Y como el niño no se atreve a responder, D. Ramón le deja y se adelanta a Samuel.

Este está fumando insolentemente un cigarrillo.

—Perdonad, caballero,—dice a D. Ramón, arrojándole el humo a la cara;—comienzo a aburrirme aquí. Hay que terminar.

—¡Al momento!—responde su interlocutor.

Y, quitándose un guante, lo arroja al rostro de Samuel, añadiendo:

—De parte de una mujer que contabais hacer antes de un mes vuestra querida.

Samuel ruge como un león herido, pero permanece inmóvil y contempla a D. Ramón.

—Ah! ¿Sois vos?—dice.

En estas dos palabras hay todo un poema. ¡Sois vos! ¡Es decir, el ser misterioso para quien la condesa de M. tiene sonrisas... y besos! ¡Para quien sale furtivamente de su hotel, por la mañana, y á cuya casa va después del baile!

Todos los malos instintos de Samuel se despiertan á la vez. Aborrece á D. Ramón, no porque le haya insultado á él, sino porque es amado.

Samuel no ha comprendido jamás que una mujer pueda amar á otro hombre que á él.

El español y el alemán cambian una mirada que es una declaración de guerra á muerte.

Después Samuel dice:

—Habéis traído espadas: ¿no es así?

—Sí.

—Pues bien. Entonces, á espada: se toca más cerca... se hiere y se mata con más alegría.

—Sea, —dice el español.

Ni el doctor, ni Singleton, ni el antiguo capitán que ha venido á ganar veinte francos, ni el joven elegante que fuma su tercer cigarrillo, han tenido tiempo de volver de su sorpresa cuando Samuel y D. Ramón echan mano á las espadas.

Se han quitado la levita, á pesar del frío seco que hace, y han arremangado los brazos.

En lugar de entrar en el bosque, cuya yerba se ha hecho resbaladiza por el rocío, se colocan en la carretera, frente á la puerta de Madrid, y cruzan el hierro con el frenesí del odio.

Samuel, á despecho de su metamorfosis, es el socarrón impío y cruel que busca matar con la lengua tanto como con la espada.

Y como ha traducido á Homero, quiere imitar á los héroes que conversan combatiendo.

—¡Ah! —dice. —¡Sabéis que he puesto los ojos en la condesa de M.?

D. Ramón responde por un furioso golpe; pero éste es parado.

Samuel prosigue:

—Es una mujer adorable. Es delicada como un ángel... espiritual como un demonio... Os encargo que me matéis, caballero, porque si no...

D. Ramón exhala un grito de rabia y se tira á fondo.

Samuel evita el golpe, y su espada roza el pecho del español, que se tiñe con unas gotitas de rojiza sangre.

Pero la herida es ligera, y D. Ramón no hace caso de ella.

—Tiene trapío, como se acostumbra decir, —prosigue Samuel.—Estad seguro de que será mi querida.

El sarcasmo de Samuel exaspera á D. Ramón, que, sin dominio de sí propio y ciego de coraje, se tira á fondo por segunda vez; pero ahora es para no levantarse más, porque la espada de Samuel ha desaparecido en su pecho.

D. Ramón vomita un caño de sangre, prorumpe en un grito de rabia y cae con la cara contra el suelo.

Samuel retira su espada y la limpia tranquilamente en la yerba.

Singleton y el joven que le servía de testigo se precipitan sobre D. Ramón.

Este no ha muerto, pero de su herida y de su garganta sale la sangre en abundancia.

El doctor, hombre prevenido que no va nunca sin su botiquín, lo saca de su bolsillo, reconoce la herida y pone en ella un primer aparato para detener la efusión de sangre.

—¿A qué diablos se mezcla en lo que no le importa? —dice Samuel, que fuma un segundo cigarro después de haberse puesto nuevamente su paletó.

El doctor y sus compañeros sientan á don Ramón sobre el borde del foso con la espalda apoyada en una piedra.

El español no puede hablar, pero pasea por su alrededor su mirada inflamada y la detiene sobre Singleton.

Esta mirada dice elocuentemente:

—¡Véngame!

Singleton comprende.

El niño es bravo; por sus venas corre vieja sangre, y si Dusantoy ha podido ridiculizar su persona, no ha logrado falsear su corazón.

Singleton se encamina en derechura á Samuel.

—Caballero, —le dice, —¡olvidáis el principal objeto de nuestra venida?

—No, señor, —responde Samuel.

—Pues bien...

—Estoy á vuestras órdenes... Doctor, cargad las pistolas.

—Eso es imposible, —exclama ese tipo interesante que se llama el capitán.

—¿Por qué, buen hombre? —pregunta Samuel.

—Porque no podéis batirnos dos veces seguidas.

Samuel se encoge de hombros.

—Tenéis la sangre en movimiento, los nervios agitados, —insiste el capitán.

—Se os pagará doble, —replica el ex estudiante con su insolencia habitual.

El capitán se inclina.

—Una jornada de dos lunes. ¡Demonio! Hay para beber *chops* durante tres meses en el café Marignan.

El doctor también se ha opuesto al principio á que Samuel se batiera.

Pero Singleton, pálido, resuelto, con la mirada inflamada, exclama:

—Caballero, tan cierto como que sois un odioso gascón del otro lado del Rhin, si no hacéis lo que os digo, os escupo al rostro.

—Pero ¡despacha, doctor! —dice Samuel.— Son las siete y media y quiero volver á ver á Eva. Ya sabes que la sonámbula ha dicho que la encontraría entre siete y ocho.

Estas palabras deciden al doctor. Su sonrisa mefistofélica reaparece.

—No hace falta media hora para matar al señor, —dice.

Todo esto pasa al borde de la gran avenida de Madrid, y por un milagro no ha pasado ni un caballero ni un carruaje.

D. Ramón no ha perdido el conocimiento.

Está moribundo; pero su sangrienta mirada no se aparta de Samuel.

D. Ramón quiere vivir hasta que Samuel muera.

El doctor y el amigo de Singleton han cargado las pistolas.

Los dos adversarios se colocan á una distancia de treinta pasos, y, á una señal dada por el capitán, marchan uno contra otro.

La mirada de D. Ramón, esa mirada fija y roja como un carbón encendido, continúa pe-

Sin embargo, se detiene con los brazos cruzados y espera.

Singleton continúa adelantando, como es su derecho.

—Pero ¡tirad! —le grita el doctor.

—Todavía no.

Y no se detiene hasta que apenas le separan cinco pasos de Samuel.

—Soy hombre muerto, —murmura éste. —¡Es fastidioso! Hubiera querido volver á ver á Eva.



Nuevamente enlazó con sus desnudos brazos el cuello de su amante

sando sobre Samuel, que siente á causa de ella cierto malestar.

Sin embargo, Samuel es un buen tirador. En Heidelberg mataba las golondrinas al vuelo, con la bala de una pistola de salón.

Después de haber adelantado cinco pasos, apunta á Singleton y tira.

Pero la bala silba una pulgada por encima del sombrero de Singleton.

La mirada de D. Ramón le ha turbado.

Singleton marcha á su vez, pero no tira.

Samuel dispone aún de un tiro.

—Esta vez eres hombre muerto, —murmura.

Y apunta lentamente á Singleton entre las cejas.

El tiro parte, silba la bala, pero va á aplastarse contra el mango de la pistola que Singleton mantiene á la altura de sus sienes.

Singleton deja escapar un grito de rabia. La mirada de D. Ramón, esa mirada feroz, fija sobre él, es la que ha ocasionado esta última torpeza.

Singleton apunta á Samuel, pero no dispara.

—Caballero, —dice, —los asesinatos me repugnan. Tengo el derecho de mataros; pero no abusaré de él. ¿Queréis continuar á espada?

Y arroja sus dos pistolas.

Samuel respira. Ha creído sentir sobre su frente el soplido de la muerte, y la muerte se aleja.

Singleton se ha apoderado de la espada, que ha enrojecido la sangre de D. Ramón.

—¡En guardia, caballero, en guardia! —grita.

La mirada de D. Ramón brilla con feroz alegría.

Samuel se ha quedado con la espada que empuñaba el español.

Pero como ambas son de la misma longitud, no hay nada que decir.

El capitán murmura entre dientes:

—En conciencia, me pertenecería otro luis, porque esto es un tercer desafío.

El doctor ha adivinado los secretos pensa-

mientos del parroquiano del café Marignan. Se inclina á su oído y le dice:

—Tendréis sesenta francos.

Singleton justifica la opinión emitida la víspera por D. Ramón. Este hombrecillo, ridículamente vestido, tira maravillosamente.

Tiene agilidad de cuerpo, velocidad en el puño, la prudencia en la guardia, la rapidez en el ataque, la presteza en la respuesta: es de bronce.

Ni un músculo de su rostro se ha alterado. Su corazón late regularmente.

Singleton es un héroe vestido por Dusantoy y peinado por Gibus.

Y, entretanto, la mirada de D. Ramón se fija con encarnizamiento sobre Samuel, y esta mirada introduce el espanto en el corazón del alemán; un sudor frío cubre sus sienes... Comienza á descomponerse... menos ante la espada de Singleton que ante la mirada que le persigue.

De pronto, arroja un grito y cae al suelo.

Entonces, únicamente, el ojo de D. Ramón se oscurece, su pupila se baja, y el español pierde el conocimiento.

D. Ramón quería ver caer á Samuel, á Samuel, que se había alabado de llegar á ser el amante de la condesa de M.

Ahora, D. Ramón ya puede morir.

El sol aparece en el horizonte.

Son las ocho, y, desafiando la frialdad de noviembre, llegan los caballeros para dar la vuelta al lago.

León, el maestro en dirigir caballos, guía un par de irlandeses destinados al duque D.

El marquesito S., que recientemente ha heredado, da la vuelta al lago, guiando él mismo un *break* de cuatro caballos.

Magdalena, la pecadora, que ha pasado la noche jugando al *baccarat*, se pasea al salir del baño, galopando junto á un cantante que monta los caballos de un protector de la caza.

¿Cuál es ese cupé que sube al paso la avenida de las acacias?

Los caballos se impacientan; pero el cochero los sujetan.

Ese cupé es el de Samuel.

De Samuel, herido de una estocada en el pecho, pero vivo todavía.

Y el doctor teme la menor sacudida, porque ésta puede causar la muerte de su discípulo.

Mas de pronto se deja oír un galope furioso, precipitado.

Una amazona y un caballero pasan á izquierda y á derecha del cupé.

Al caballero no han podido verlo ni el doctor ni Samuel, que dirige á su alrededor una mirada espantada.

¡Pero la amazona!

¡Oh! Samuel la ha visto.

Y su vida ha estado á punto de escaparse con el grito que ha salido de su pecho.

¡La amazona, que montaba un caballo árabe negro como el ébano; la amazona, de vestido azul y rubios cabellos, era Eva!

Y Samuel, que por un momento ha creido morir, vuelve á la vida.

—¡Doctor! ¡Doctor! —exclama.

—¿Qué?

—¡Es ella!

—¿Lo creéis? No he podido verla.

—¡Es ella! ¡John: vuelve bridás! —ordena Samuel. —¡Corre!... Hacia el borde del lago... Es preciso alcanzarla.

—Es inútil, —dice friamente el doctor.

—¿Por qué?

—Porque dentro de un cuarto de hora habráis muerto.

Y, á una señal del doctor, el cupé continúa su camino hacia París.

El miedo á la muerte se ha apoderado de Samuel, y no se atreve á ordenar nada en contra.

VII

Ella había pasado treinta noches á su cabecera, ella, la mujer de rubios cabellos, delicada y vaporosa como un primer día de primavera.

Treinta noches acurrucada en un sillón, con una manta que cubría sus hombros; atenta, inquieta, levantándose silenciosa para escuchar su oprimida respiración y preparando con sus manitas diáfanas las pocións que le indicaba el doctor.

Ella había luchado contra la fatiga, ella era tal vez la que había cansado á la muerte, que desde hacía un mes se acercaba á la puerta del moribundo.

Y él, que debía morir; él, á quien la espada de Samuel había atravesado de parte á parte, se había, poco á poco, sentido volver á la vida, y circular su sangre, y latir su corazón, y recobrar la razón bajo el influjo de la mirada ardiente de la mujer amada.

Ella le derramaba la curación, gota á gota, en una sonrisa, en un beso.

Y como ella le juraba amarle siempre, él, á su vez, había hecho el juramento de no morir nunca.

Un día, cuando todo peligro hubo desaparecido, cuando pudo sentarse en la cama, oprimir sus manitas entre sus manos, apoyar sus labios sobre su frente blanca, surcada por venas azuladas, ella le dijo:

—Quiero que seas vengado, mi amado Ramón.

Al oír estas palabras, el español se estremeció, y su herida estuvo á punto de abrirse.

—Figúrate, —prosiguió su amante, —que él no ha muerto.

—¡Oh! —murmuró D. Ramón. —Eso es imposible. Yo le ví caer.

—¿No has caído tú también?

—Es cierto.

—Pues bien: no ha muerto.

Los puños de D. Ramón se crisparon y sus ojos despidieron llamas.

—Dentro de ocho días podré matarle, —dijo.

—Es inútil.

—¿Por qué? —preguntó, presintiendo alguna infamia femenina.

—Porque hace treinta días que te vengo, minuto por minuto.

Y como el español la miraba siempre, la encantadora prosiguió:

—Se ha curado: anda por su pie; se ha atrevido á mandarme ramos de flores; se atreve á escribirme todos los días.

—¡Oh!—aulló D. Ramón.

Pero su amante le dirigió una de esas sonrisas que tranquilizan á los desesperados.

—Cada día,—continuó,—se le devuelven sus ramos y sus cartas, que nunca me he dignado abrir. Hace ocho días ha tenido la audacia de seguirme: me ha visto entrar aquí. Al día siguiente, cuando volvía á mi casa, le he encontrado en la calle. Había pasado la noche bajo tus ventanas, con la rabia y la desesperación en el corazón. Y ¿tú quieres matarle, tigre mío? Pero se muere una sola vez, de una estocada, y después viene la calma y el reposo de la tumba; mientras que yo le mato todos los días, á todas horas, y no resucita más que para volver á morir.

La hermosa decía esto con una voz breve y sibilante, con el acento del odio.

Por sus venas azules, bajo la piel transparente de aquella mujer, corría sangre feroz.

Sus rosadas narices se hallaban dilatadas, y parecía aspirar con delicia un vago olor de carnicería.

Y D. Ramón experimentó esa alegría que debe invadir á los tigres cuando ven á sus pequeñuelos dar la primera zarpada. Tuvo una frase soberbia.

—Eres de mi sangre!—dijo.

Ella le formó un collar con sus brazos medio desnudos, y envolvió su cabeza en los pliegues de su cabellera.

VIII

Al día siguiente, París se despertó perdido en la bruma; esa bruma de invierno, negra de día y que por la noche tamiza los faroles de gas y les presta sus leonados tonos.

D. Ramón había abandonado el lecho por primera vez.

Se había envuelto en una piel traída de sus viajes á países lejanos, una magnífica piel de zorro azul, por la cual un aficionado habría pagado veinte mil rublos.

Con el primer cigarro en la boca, esperaba.

Era la primera vez que Raquel no había pasado la noche á su cabecera.

Ella se llamaba Raquel, aunque católica y condesa.

Y á los que nos pregunten el origen de ese nombre hebreo les responderemos que no sabemos por qué le fué puesto.

Raquel había partido la víspera, destrozada, muerta de fatiga.

—Tal vez dormiré treinta horas,—había dicho sonriendo.

Pero D. Ramón tenía la vanidad del hombre amado.

Sabía muy bien que Raquel (desde ahora la llamaremos así) no dormiría y volvería al rayar el alba.

La condesa era libre de su persona y de sus acciones, á pesar de que tenía un marido.

Al otro día de nacer una niña rubia, que ahora tenía cuatro años, se había establecido entre los esposos un divorcio amigable.

La condesa había dicho á su marido:

—Caballero: el matrimonio, ahora lo veo, no tiene nada de común con el amor. Me he casado á los diez y seis años. Yo era bella y tenía dos millones de dote, lo que os ha permitido pagar vuestras deudas, y os permite todavía mantener convenientemente una querida de treinta y ocho años, de la cual estáis locamente enamorado. Esto no es un reproche, sino la base de un tratado. Os ofrezco mi amistad á cambio de mi libertad.

El conde tenía treinta y nueve años, amaba las trufas y se cuidaba poco de una mujer de diez y ocho. Había vivido demasiado para no adorar la experiencia.

Volvió á su club, á sus caballos y á su querida.

Esto explicaba por qué la condesa de M., esa Raquel rubia, con ojos negros, había podido velar á su querido Ramón durante treinta noches.

Como decíamos, la bruma cubría los tejados y envolvía las chimeneas, haciendo semejar París á un hombre que toma un baño de vapor.

Y, sin embargo, á pesar de que aun no eran las ocho de la mañana, una mujer caminaba precipitadamente por las calles, atravesaba el bulevar é iba á penetrar por la puerta de la casa que habitaba D. Ramón, cuando un perfil de hombre se dibujó ante ella en medio de la bruma.

Raquel ahogó un grito.

El hombre se acercó.

—¿Señora condesa de M.?—dijo.

—¡Vos!

En esta sola palabra había treinta días de odio y de furor inauditos.

El hombre que abordaba á Raquel era Samuel.

El barón Samuel Kloss, el audaz alemán, el vividor desvergonzado, que parecía no acordarse de la estocada de Singleton, tan firme y recto se sostenía sobre sus piernas.

Era de los audaces que gustan á las mujeres, á menos que ellas puedan herírlas de muerte.

Raquel retrocedió primero llena de estupor, luego contempló á aquel hombre y le dijo:

—Caballero: habéis osado fijar vuestros ojos en mí, me habéis escrito... y aun no os he castigado. Pues bien: como la hora de la expiación ha sonado para vos, voy á contestaros.

Samuel no se desconcertó.

—Os amo,—dijo.

Raquel exhaló una sonrisa capaz de hacerle llorar.

—¿Sabéis á dónde voy?

—Sí: á su casa; pero no iréis.

La condesa le miró de pies á cabeza.

—¡Nunca me han robado!—exclamó.

—No; y no es mi intención probarlo.

—¡Plaza!—contestó Raquel con altivez.—O

hago venir al ayuda de cámara de D. Ramón, para que os arroje de aquí.

—Señora, —dijo fríamente Samuel, —no me opongo á que vayáis á casa de D. Ramón; pero os aconsejaría que os vistieseis de luto, porque sois viuda desde hace una hora.

Esta vez se trocaron los papeles.

La condesa retrocedió, y su rostro se cubrió de intensa palidez, mientras que una sonrisa diabólica asomó á los labios de Samuel.

Ella, despreciando aquella sonrisa, exclamó:

—¡Ah! ¡Le habéis matado!

—¿Yo? ¡Vamos! Era mi amigo. La última noche le gané mil lujos, y, además, yo no me encargo de la faena de la apoplejía.

La condesa exhaló un nuevo grito, y lo comprendió todo.

Su marido era sanguíneo, comía mucho. Sin duda, le había sorprendido el frío al salir de alguna cena.

Raquel penetró en casa de D. Ramón, pero no lo bastante de prisa para que no pudiera oír estas palabras sardónicas que le arrojó Samuel.

—No le lloréis, porque ha muerto en casa de su querida, y esto producirá un gran escándalo.

Raquel estaba medio loca, cuando entró en casa de D. Ramón.

En tres palabras, éste lo supo todo.

Y como de todos los egoísmos, el más impío es el del amor, D. Ramón tuvo un transporte de alegría y se arrodilló diciendo:

—¡Oh! Seréis mi esposa.

Raquel tuvo miedo de aquella palabra y huyó.

IX

Altas influencias se pusieron en juego. Era preciso salvar á todo trance las apariencias, y éstas quedaron salvadas.

El cadáver del conde de M. fué transportado sin ruido en un fiacre, de casa de su querida á su hotel.

Después los periódicos de la noche anuncian que el conde de M., al salir de su círculo, había sufrido un ataque de apoplejía.

Se han celebrado los funerales.

La señora condesa está sola en su hotel.

Reflexiona y medita.

No es que piense en el difunto.

El difunto ha colmado la medida de las infamias que una mujer puede reprochar al hombre cuyo nombre ha llevado.

Piensa en Samuel.

Nada hay sagrado para este hombre, que ha hecho una mascarada del entierro de su padre.

No respeta ni la muerte ni el dolor.

Va derecho á su objeto.

Su objeto actual es la condesa.

Pues bien: la noche misma de los funerales de su marido, Raquel ha recibido un billete concebido en los siguientes términos:

«Os amo y sois viuda. Tengo 200,000 libras de renta, y vos otro tanto. ¿Qué os parecería un enlace entre nosotros?»

Raquel quería devolver este billete sin abrilo, como los otros; pero la curiosidad la ha guiado.

Ha leído.

D. Ramón tenía razón. La condesa Raquel es de su sangre.

Es decir, que tiene un corazón hinchido de amor y de odio.

—Este hombre merece un castigo, —se dice.

Y, cogiendo la pluma, escribe á Samuel.

«Señor barón:

»Me es imposible responder á vuestra carta más que con una modesta invitación.

»¿Queréis hacerme el honor de aceptar mañana, á las nueve, una taza de té?»

La condesa ha escrito el billete con esa escritura fina, regular, alargada, que manifiestan bien la indiferencia de la mujer por aquel á quien escribe.

Cuando ha partido esta carta, ha escrito otra.

Es la dirigida á D. Ramón.

«Amigo mío:

»No sois vos el que mataréis al barón Samuel, sino yo.

»¿Cómo?

»Ese es mi secreto.

»Y temerosa de que no se os ocurra quererlo penetrar, os advierto que mañana viernes no me veréis. Mi lacayo irá á saber noticias vuestras.

»Tal vez á media noche me atreveré á ir á veros.

»Adiós. Os amo.

»Raquel.»

X

El domicilio del barón Samuel es una casita situada en el arrabal Roule, esquina á la calle de Berry.

El mobiliario es alquilado.

Su servidumbre se compone de su ayuda de cámara, un cochero y un lacayo.

En la cochera tiene un cupé y un faetón; en las cuadras dos caballos de tiro y dos de silla, uno para él, otro para su amigo el doctor.

Estamos á viernes por la noche.

Samuel acaba su tocado y murmura:

—Ese satánico doctor ¿no vendrá?

Casi al instante resuena en el patio una campanada. La puerta de la cochera se abre, un cupé entra por ella y un hombre desciende del carruaje.

(Se continuará)